

siendo representado por los autóctonos de ciertas zonas del interior de Guatemala y ha conservado, por encima de las contaminaciones formales con la cultura europea, la estructura típica de los bailes **chortís** de la época pre-alvaradiana. Es fácil de observar, en esta pieza, la influencia que, sobre el teatro indígena, ejerció el **Popol Vuh**. A lo largo de la época colonial, el **Baile de los Gigantes** (que cambió de nombre y fue conocido como **El degüello de San Juan**) de danza dramática pre-alvaradiana se convirtió en la coreográfica al servicio de la nueva cultura y de las nuevas orientaciones religiosas.



## EL INDIO Y LA LITERATURA

*Julián González*

*El indio no representa solamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu.*

*J. C. Mariátegui*

No cabe duda de que nuestros aborígenes desarrollaron su propia literatura. Asimismo, es sabido que ésta tuvo características propias que la diferencian notablemente de la literatura europea y que en su propia búsqueda literaria llegaron a la poesía lírica, la epopeya, las narraciones míticas, los himnos y el drama. Sin embargo, poco se habla del trabajo creador de nuestros antecesores.

Por otra parte, la obra arquitectónica y escultórica suya, así como la cerámica y la orfebrería, han resistido el paso de los años y aún hoy se hacen descubrimientos que no dejan de maravillar al mundo. Mientras que la obra literaria se perdió en gran parte por ser más propia de la tradición oral y por la dificultad de los europeos venidos a estas tierras en traducir lo escrito o en reproducir lo oral. Estas mismas dificultades son las que arrojan cierta opacidad en las obras recopiladas por los europeos, atribuible, sobre todo, a la incompatibilidad del lenguaje metafórico y de la estructura lingüística respecto de las lenguas europeas.

Toda esta producción de muchas centurias es lo que entendemos por **literatura indígena**, ya sea precolumbina o amerindia, pues esta distinción queda de lado.

Un salto histórico de varios siglos nos ubica en los albores del siglo XIX, en el período de las luchas de emancipación y el surgimiento de las nuevas repúblicas americanas. El anti-españolismo y la gestación de una nueva sociedad en la América Latina vuelven la vista hacia lo autóctono, a la búsqueda de esas raíces casi perdidas o, más bien, apagadas por la fuerza.

En esta especie de utopía caen los mismos europeos. Chateaubriand publica la novela **Atalá** en 1801, en la que se entremezclan elementos religiosos en la opulenta naturaleza del Nuevo Mundo, que sirve de marco a las peripecias amorosas y a las divagaciones sentimentales de los jóvenes amantes. El impacto de **Atalá** en el Viejo Mundo fue, precisamente, la revelación de la naturaleza americana y, según Rodó, éste su gran aporte a la literatura europea. Esta suerte de paliativo venido de ultramar habría de aliviar los espíritus angustiados de una Europa cansada y abatida por el flagelo de la guerra. El muy conocido escritor

francés, quien no estuvo en América, presenta al indio como elemento decorativo. No se trata, pues, del indígena verdadero, el explotado y empobrecido, el que fuera carne de cañón en las batallas independentistas y otras. Chateaubriand decía no ser un entusiasta de los salvajes, como su coterráneo Rousseau, y que el arte debe ocuparse de reproducir la naturaleza hermosa y no los monstruos.

Este mismo precepto estético encontrará eco en algunos escritores americanos, quienes recurren a personajes indígenas en la medida en que éstos representan un útil elemento exótico, al cual se le atribuyen lenguaje y sentimientos ajenos a su verdadera naturaleza, lo que los convierte en personajes anacrónicos y desubicados. Transformados en elementos patrióticos, se les pone a luchar contra la opresión española para buscar la libertad del Nuevo Continente.

Siempre dentro de la visión utópica, buena parte de la producción literaria indianista busca revivir la grandeza apacible de los imperios destruidos por los españoles, la crueldad de la conquista, y el valor de los jefes nativos en la defensa de su territorio. El mismo Bolívar, en una de sus invocaciones, no escapa de esta moda romántica, llevado por la emoción nacional en favor del movimiento emancipador.

A diferencia del **indianismo** –sobre todo el romántico de los europeos y de los mismos hispanoamericanos– que utiliza al indio con un fin determinado (decorativo, patriótico, exótico, etc.) en el discurso literario, la corriente **indigenista** se acerca más a la realidad del mundo aborígen.

En cierto modo, el **indigenismo** es reivindicativo, pero en forma distinta del criollismo, en el cual se vislumbra alguna carga sentimental. La razón es simple; el primero está más relacionado con lo social y en



él los factores socio-económicos pesan mucho, que al fin de cuentas condicionan las necesidades de desarrollo de un pueblo con una orientación espiritual diferente de la del blanco.

Una novela del ecuatoriano Juan de León Mera (1832-1894), **Cumandá** (1871), está considerada como la primera de esta tendencia. Curiosamente similar a **Atalá** y vista por algunos estudiosos de la literatura como obra falsa y mediocre, **Cumandá** presenta una veta aún no explotada en obras literarias: la rebelión de los indios ante la injusticia y el despotismo del terrateniente. Mera critica duramente, pero en el fondo no ataca el sistema imperante. Su crítica es sobre todo moral, pues responde a preocupaciones de carácter humanitario:

*Entre los europeos y los criollos, estaba profundamente anclada la costumbre de tratar a los aborígenes como gentes condenadas a la humillación, a la esclavitud y a las torturas, y los colonos más humanos no creían faltar a los deberes de la caridad y de la civilización oprimiéndolos y martirizándolos. <sup>1</sup>*

El autor ataca la política de la corona por la expulsión de los jesuitas, la cual fue un duro golpe para los indios de la zona oriental de Ecuador, en proceso de sedentarización, y que él considera un asesinato de la población. Los nuevos enviados del rey eran funcionarios civiles obsesionados por el ansia de enriquecerse a expensas de la sangre y el sudor de los aborígenes, pero poco interesados en civilizarlos.

La culpa, según Mera, se extiende a las autoridades locales que, ocupadas en movimientos políticos que les atañen más directamente, no prestan atención al indio que sufre. Y también a los criollos, convertidos en nuevos y hasta peores explotadores, quienes

no dejan de castigar físicamente al indígena, ni de agobiarlo con deudas y otras imposiciones. Lo más grave, para él, es que este espíritu colonial, propio de épocas más oscuras de la historia de América, prevalezca en pleno siglo XIX, cuando los pueblos de la región ya han obtenido, en su mayoría, la independencia. Sin embargo, los importantes beneficios derivados de ella, a pesar de no estar plenamente consolidada y sí constantemente amenazada, no llegaron al indio, pues su situación parece no cambiar. A este respecto, la muerte de la joven Cumandá surge como el sacrificio final en un intento de acercar dos razas enemigas.

La tendencia indigenista no termina con quien la inicia. En 1889, Florinda Matto de Turner publica **Aves sin nido**, pero tuvieron que pasar treinta años para la aparición de la tercera obra importante del mismo género: **Raza de bronce** (1919) de Alcides Arguedas. A partir de entonces, la narrativa produjo diversas obras, aún en Costa Rica, que se debaten entre un indianismo tradicional y trasnochado, y un indigenismo relativo. La visión del indio, en la literatura del siglo XX, no deja de ser caricaturesca, ya que la mayor parte de los autores conocen la realidad de aquél muy superficialmente y no ven en él más que un tema de composición literaria.

#### NOTA

1. Eve-Marie Fell, **Lesindiens** (Paris: Armand Colin, 1973), p. 123. Traducción de la cita por el autor del artículo.

